

Xavier Ribas

Barcelona, 1960

—Andrea Valdés

ES

En sus primeros trabajos, el fotógrafo Xavier Ribas nos mostraba a familias descansando en un descampado, junto a una autovía o bajo un puente. De este modo nos sugería que la libertad sólo podía darse en espacios residuales, ahí donde el ocio no es una actividad económica con sus horarios y restricciones, y donde la naturaleza se manifiesta salvajemente, junto a colillas y otros deshechos. No en vano, el residuo está muy presente en su obra, como también lo están las señales y huellas que dejamos a nuestro paso.

En el tríptico *MMDCCXXI A.V.C.* esos rastros son los restos arqueológicos que se conservan en un *parking* subterráneo de un centro comercial, en Tarragona. Salvo que aquí, la ruina en sí no interesa. Lo que interesa es su instrumentalización. Se diría que, arrasado el paisaje, esa industria que ha capitalizado el ocio, generando a su vez la demanda de espacios marginales, tomase conciencia de su propia agresividad y quisiera ser más amable. En este caso, la paradoja está servida porque al hacer del *parking* de un centro comercial un recinto arqueológico, lo que se supone un lugar transitorio, sin ninguna relevancia simbólica, pasa a ser un lugar histórico —con su inscripción y sus horas de visita—. De hecho, cuesta no ver en este gesto un intento por superar lo que para Marc Augé es un “no lugar”, pues al *parking* le sucede lo que a los supermercados, los aeropuertos y las habitaciones de hotel. Son espacios intercambiables con los que es difícil identificarse. En su interior, la interacción es mínima y se reduce a señales que están casi siempre orientadas a regular el tráfico. Aquí, los paneles que indican la salida o nos prohíben girar a la izquierda mientras nos animan a continuar por la derecha, contrastan con otra indicación, esa que nos pide justo lo contrario: detenernos, y que atestigua, entre rampas y curvas, lo que es permanente y estable, lo que no se mueve y de lo que formamos parte. Está claro que sin esa indicación pasaríamos de largo y que es en un garaje donde más vamos a tenerla en cuenta, pues ahí todo son señales.

Como apunta en uno de sus textos, en esta ocasión, Ribas hace uso de una estética fotográfica de la fealdad, con las dominantes verde y amarillo de la luz artificial del *parking* y del rastro que dejan los faros del coche al desplazarse. Con esta “*bad practice*” evidencia que en vez de dramatizar la ruina, él prefiere acentuar su ironía. No podía ser de otro modo, sobre todo si tenemos en cuenta un último detalle, quizás el más significante: y es que aquí preservar las ruinas implica recolocarlas unos veinte metros más abajo de su ubicación original, para no molestar o interrumpir el tráfico. Digamos que al reducir las a un elemento decorativo, pier-

den su credibilidad. Son sólo un escape. Ahora, está por ver, si al desvirtuar la noción de patrimonio histórico, no lo estamos colocando en su sitio. Después de todo, revalorizar un terreno es hacer un *parking* pero también declarar su interés patrimonial. Se ha abusado tanto de las ruinas. Ya lo decía Rilke respecto a Roma: “no, aquí no hay más belleza que en otros sitios y todos estos objetos que han sido mejorados y completados por manos de albañiles, no significan nada, no son nada y no tienen ningún corazón, ni ningún valor”. Es más, de no ser por su puesta en escena, da la sensación de que estas piedras bien podrían ser los escombros de unas obras. Una de las tantas de las que han ido modificando nuestro entorno, apropiándose de una manera tan salvaje que ahora buscan legitimarlo, aunque sea con un poco de maquillaje. Es como si este “no lugar” necesitara llenarse.

EN

In his early work, photographer Xavier Ribas showed us families resting in a clearing, beside a highway or under a bridge. Thus, he seemed to suggest that freedom could only be found in residual spaces, where leisure is not an economic activity with set a schedule and series of restrictions, places where nature is manifest in all its wildness amidst cigarette butts and other forms of waste. Residue, as well as the signs and traces we leave behind, are present throughout Ribas's work.

In the triptych *MMDCCXXI A.V.C.*, these remains are the archeological ruins kept in the underground parking lot of a shopping mall in Tarragona. But here, the ruin in and of itself is of no interest. What is its use. Once the landscape has been devastated, the mall industry that has capitalized leisure while producing the demand for marginal spaces has become aware of its own aggressiveness and wishes to be kinder. Here, the paradox is facile because making the parking lot of a shopping mall into an archeological site entails rendering a place of transit with no symbolic importance whatsoever into a historic place — with its signs and visiting hours —. One almost inevitably sees in this gesture an attempt to exceed what Marc Augé calls ‘non-places’: parking lots, like supermarkets, airports and hotel rooms, are interchangeable locations with which it is difficult to identify. Interaction inside them is minimal, just signals geared towards regulating transit. Here, the panels signaling the exit or prohibiting a left turn and indicating that we should swerve right contrast with another indication, which asks us to do just the opposite: stop amidst ramps and curves to bear witness to what is permanent and stable, to what does not move and of which we form part. Clearly, without that indication we would go right by; in a garage, a place where everything is signals, that is particularly clear.

As he says in one of his texts, the photographic aesthetic that Ribas uses in this work is ugliness, featuring glaring artificial green and yellow lights and the lines left by car headlights as they go by. With this ‘bad practice’, he evidence that rather than dramatizing the ruin, he wants to heighten its irony. And that's how it must be, especially if we bear in mind a final, and extremely significant, detail: here, to keep from interrupting traffic, preserving the ruins meant moving them some twenty meters below their original site. And when they are reduced to a decorative element, the ruins lose credibility. They are just a display case. It remains to be seen if, by altering the notion of historical patrimony, we are not placing it in its proper site. After all, revalorizing a terrain is making it into a parking lot, but also declaring its interest as patrimony. Ruins have been so mistreated. Rilke said, in speaking of Rome, “No, there is not more beauty here than in other places, and all these objects, which have been mended and restored by the hands of workmen mean nothing, are nothing, and have no heart and no value.” Indeed, if it weren't for the staging, one would have the feeling that these stones could easily be the rubble of a construction site, one of the many that has changed our environment, appropriating it so savagely and now attempting to legitimize it with a little makeup. It's as if this ‘no place’ needed to be filled.



IMÁGENES | IMAGES

— *MMDCCXXI A.V.C.*, 2008

Instalación | Installation

C-print y vinilo de corte | C-print and vinyl letter

3 elementos de 121 x 155 cm c/u | 3 elements; of 121 x 155 cm each

Cortesía del artista y ProjecteSD, Barcelona | Courtesy of the artist and ProjecteSD, Barcelona

Vista de instalación en *Antes que todo*, CA2M, Madrid, 2010 | Installation view at *Before Everything*, CA2M, Madrid, 2010